

Ciencia política e historia disciplinar: modelo para armar*

Political science and the history of a discipline: A model to assemble

María de los Ángeles Fernández-Ramil**

Licenciada en Estudios Políticos y Administrativos, Universidad Central de Venezuela y Doctora en Procesos Políticos Contemporáneos, Universidad de Santiago de Compostela, España

Cristóbal Grebe Ramírez***

Cientista político de la Universidad Diego Portales (Chile)

Resumen

El estado actual de la ciencia política en América Latina, aunque con claroscuros, parece lo suficientemente asentado. Los escasos análisis sobre la disciplina, tanto en perspectiva regional como por países, si bien presentan un cuadro de hegemonía del positivismo norteamericano, permiten descubrir también resquicios que pugnan por la aceptación de la diversificación teórica y metodológica. Algunos análisis, esencialmente provocados por la crítica de Sartori al molde americano de la ciencia política, recomiendan un vuelco hacia la filosofía política y hacia otras disciplinas, a fin de evitar la esterilidad empiricista. En el artículo se argumenta que debe añadirse a esta vía la oportunidad que ofrece la introducción de un corpus de pensamiento analítico que, en perspectiva comparada e impulsado por IPSA, posibilitaría la autorreflexión disciplinar

Abstract

The current state of political science in Latin America, while not without uncertainty, appears to be sufficiently solid yet uncertain. Although the few studies of the discipline reflect, both regionally and nationally, the hegemony of North American positivism, they help to unveil niches claiming theoretical and methodological diversification. Responding to Sartori's critique to the North American template of political science, some studies suggest a shift towards political philosophy and other disciplines to prevent unfruitful empiricism. We contend that this path should be extended by introducing a corpus of comparative analytical thought, promoted by IPSA, in order to make disciplinary self-reflection and epistemological introspection possible. We report on the virtues that adopting this approach would bring. Such virtues are not self-evident because

* Los autores agradecen a Paulo Ravecca y a Jorge Nef sus comentarios a una versión preliminar de este artículo.

** Correo electrónico: mangel.fernandez@chile21.cl

*** Correo electrónico: crisgrebe@gmail.com

Recibido: 24-05-2009

Aprobado: 28-09-2009

y la introspección epistemológica. Se informa de las ventajas que para la disciplina reporta la apropiación de este enfoque, las que no son evidentes por sí mismas, por cuanto, por una parte, no es costumbre de los científicos políticos reflexionar en clave epistemológica y, por otro, debido a que la disciplina se mueve más lentamente que otras al encuentro con la sensibilidad histórica que hoy caracteriza el momento de las ciencias sociales. El quehacer disciplinar, traducido en la docencia, la investigación y la visibilidad pública, no sólo sería más heterogéneo y sensible al contexto, sino que vería aumentado su sentido de utilidad.

Palabras clave

Ciencia política; Historia intelectual; América Latina

political scientists do not often think epistemologically, and because this discipline is less dynamic than others in discovering the historical sensitivity that characterizes today's social sciences. As a consequence, the scope of the discipline in terms of –teaching, researching, and public visibility– would not only be more heterogeneous and context-sensitive, but its sense of usefulness would be enhanced.

Key words

Political science; Intellectual history; Latin America

INTRODUCCIÓN

La ciencia política parece haber encontrado un lugar en América Latina. Puede decirse, incluso, que vive un momento auspicioso. Ello se expresa en los distintos países del continente, aunque de manera dispar, en los ámbitos de la enseñanza, la investigación y las publicaciones. Paralelamente, este quehacer disciplinar no ha resultado inmune a la incorporación de los debates relacionados con sus problemas de identidad, sus dilemas metodológicos y su capacidad para dar cuenta de los problemas que se suscitan en cada uno de los contextos donde toma forma, siendo uno de los más evidentes el relativo a la calidad de la democracia. Han sido las críticas formuladas por Sartori las que se han difundido más en español, aunque con un eco todavía insuficiente en América Latina (Ravecca, 2008:1). Si bien no es el único, ha sido uno de los referentes disciplinarios que han formulado afirmaciones más descarnadas al punto de no limitarse a manifestar su disgusto con el molde americano de la ciencia política actual, sino llegando, incluso, a hacer una autocrítica por haberse sentido absorbido por ella. Sus planteamientos han sido recogidos en nuestra región en el libro *La muerte de la ciencia política* (Cansino, 2008), donde se señala la necesidad de que ésta recurra y se acerque a otras disciplinas entre las que destaca la filosofía política, con el fin de trascender su actual estado de superficialidad. En el presente artículo

se argumenta que, adicionalmente a esta sugerencia, el momento actual que vive la ciencia política en América Latina ofrece una oportunidad para incorporar, de manera crítica, los contenidos de un enfoque analítico y de un proyecto de investigación que, orientado a la autorreflexión disciplinar, se propone estimular la producción de estudios comparados sobre el desarrollo de la ciencia política y que ha sido impulsado con el patrocinio de la Asociación Internacional de ciencia política (IPSA). Este ejercicio intelectual podría reportar múltiples beneficios a la disciplina, aunque no siempre son evidentes por sí mismos. Es por ello que en el presente artículo se asume que la preocupación histórica es oportuna para las decisiones sobre el progreso de la disciplina, tanto a nivel de la enseñanza como de la investigación, así como para crear un espacio de reflexión crítica (Easton y otros, 1995:1-2; Gunnell, 2002:340).

El documento se organiza como sigue: se constata la actual situación de heterogeneidad de la ciencia política, tomando como base las escasas reflexiones que se han realizado en América Latina sobre la disciplina, lo que constituye una evidencia de la ausencia de introspección. Enseguida se presenta un conjunto de planteamientos acerca de la ciencia política que incluye los dilemas acerca de su estatus disciplinario, sus desencuentros teóricos y sus disyuntivas epistemológicas, los que no han logrado ser sofocados bajo la aparente uniformidad que entregaría la metodología positivista, y que se ven reflatados a partir de las preguntas que Sartori formula con relación al incierto futuro que aguarda a la disciplina si insiste en aferrarse a un empiricismo ciego. Si bien serían varias las alternativas que nuestro campo de estudio puede abrazar si quiere escapar a esta promesa de incertidumbre, nuestro objetivo es mostrar los aspectos medulares de una propuesta teórica y metodológica que, bajo el acápite de “historia disciplinar”, se viene impulsando desde la década de los ochenta favorecida por el clima intelectual que ha proveído el pospositivismo y una renovada sensibilidad hacia la epistemología histórica. Dicho corpus de pensamiento no está exento de paradojas, una de las cuales es su matriz norteamericana, ni de dilemas teóricos y metodológicos, algunos de los cuales se plantean en este documento. Sin embargo, reconocer su existencia y comenzar a trabajar con ellos en distintos planos, tanto desde la docencia como la investigación, abre un camino para la aceptación progresiva de un pluralismo teórico-metodológico que posibilite la expansión, al interior de la disciplina, no sólo de las preocupaciones propiamente historiográficas, sino también epistemológicas.

CIENCIA POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA: ENTRE LO PROMISORIO Y LO DISPAR

La ciencia política se ha ido expandiendo en América Latina de la mano de la democracia. Así lo registra Negretto (2004:348), quien señala que si bien como disciplina y profesión es un fenómeno reciente –de los últimos veinte años– en todos los países, se observa la creación de carreras universitarias y centros de investigación dedicados a su cultivo, manifestando una situación promisorio. La constatación de este carácter de novedad no deja de ser problemática por cuanto autores como Easton y otros (1995:13) advierten sobre la necesidad de distinguir no sólo por una exigencia normativa, sino también conceptual, entre la referencia a la ciencia política desde un punto de vista genérico (estudios y análisis políticos) o a una práctica académica de indagación situada social e históricamente. En consecuencia, habría que ser cuidadosos en afirmar taxativamente que la “madurez” disciplinar vendría dada por su asimilación al modelo americano de ciencia política, de factura empiricista, por cuanto en todos los países de la región existen tradiciones de reflexión y análisis político de larga data.

Como fuera, sin embargo, pareciera que esta expansión sería desigual, ya que, de acuerdo con Altman (2005:14), se observan “falencias en los ámbitos mínimamente necesarios para la institucionalización de la disciplina”. Así se constata en el número especial de la *Revista de ciencia política* de aquel año, dedicada íntegramente a un relevamiento de la disciplina por países. En él se abordan el impacto del contexto sociopolítico, los dilemas de su institucionalización que tienen una implicancia directa en la enseñanza, los recursos y las investigaciones, así como los problemas que enfrenta la exigencia de profesionalización. La misma heterogeneidad que constata dicho autor en su desarrollo, de acuerdo con los contextos, se reproduce en el análisis de cada país. Resulta imposible lograr la mirada comparativa que sería deseable por cuanto los abordajes se efectúan sin un marco analítico común, primando, por una parte, el descriptivismo y, por otro, una cierta reivindicación a ultranza del cientificismo. Ello, sin considerar la inclinación evidente del autor hacia el modelo de desarrollo institucional de la academia norteamericana cuando apela al fomento de la meritocracia, la que vendría dada por “criterios claros y definidos de cómo ponderar la productividad de la investigación y la docencia” (p. 15).

En cualquier caso, dicho volumen monográfico vino a llenar una necesidad por cuanto a esa fecha no se disponía de un “estado del arte”, aun cuando éste

haga más énfasis en los desafíos de la profesionalización, vinculados a las condiciones de producción del conocimiento, que a discutir los criterios de validez del conocimiento anclados en postulados positivistas. Esta inclinación no está lejana a la tendencia que muestra el movimiento disciplinario en la actualidad, más preocupado por la profesionalización que por la científicidad (Wagner, 2001:39).

Lo cierto es que se dispone de escasas reflexiones previas sobre la situación de la ciencia política, tanto en perspectiva regional como por países. ¿Qué explica esta situación? Los motivos son variados y abarcan desde la escasa diferenciación disciplinaria, especialmente entre la sociología y la ciencia política (Lechner, 1988:19) hasta intentos de mimesis con lo que se consume de otras latitudes. A juicio de Cansino, quien intenta una revisión y valoración de la producción intelectual de la región en los campos de la filosofía y la ciencia política, lo hecho hasta ahora serían “intentos forzados de encajar nuestra especificidad cultural en modelos pensados para otras realidades muy distintas; explicaciones orientadas más por las modas intelectuales que por un interés genuino de entender mejor; descripciones superficiales que poco ayudan a comprender la complejidad de nuestra realidad; visiones sumamente academicistas sin conexiones inmediatas con la realidad” (Cansino, 2008:277).

A pesar de lo anterior, se dispone de algunas reflexiones. Resulta interesante constatar en ellas ciertos hilos conductores entre los análisis pioneros y los contemporáneos, como es la idea de que para entender la trayectoria de la ciencia política es indispensable tener en cuenta la variable del sistema político. En el caso de los primeros, dos autores destacan: Kaplan, quien en estudios de 1970 y de 1999 plantea una línea de preocupación común: la incertidumbre que amenazaría sistemáticamente a la disciplina. En el primero de sus análisis señala que “su posibilidad de supervivencia, autonomía y creatividad parece ligada a la necesidad de elaborar una perspectiva y una estrategia que, de algún modo, combinen la rigurosidad y fecundidad científicas de quienes la ejercen, con la participación movilizadora en el proceso de desarrollo, cambio e independencia externa de los países de la región y de ésta en su conjunto” (Kaplan, 1970:87). Aboga, entonces, por un cientista político comprometido y militante, a tono con las exigencias ideológicas del momento político. Treinta años después –cambio de discurso mediante– se remite a analizar las condicionantes de la producción de los profesionales y especialistas de

la disciplina, sus logros y sus frustraciones, así como las prioridades a establecer dentro del estado actual disciplinario.

Por su parte, Huneeus ha mantenido una argumentación más consistente a lo largo de los años. Ya en 1983 presentó un conjunto de criterios para el desarrollo de la ciencia política en América Latina, sustentándose en dos tipos de eje: estratégicos, orientados a la organización de los estudios disciplinarios y sustantivos sobre qué estudiar. Años después, en 2006, junto con constatar que la ciencia política está lejos de haber alcanzado un estado satisfactorio, aboga por una ciencia política latinoamericana, insistiendo en la necesidad de que ésta defina una identidad y un perfil propios, los que vendrían dados por su capacidad de respuesta a los problemas de los países del continente, en clave de cooperación regional.

La aproximación de Werz (1995:135-151) es breve pero abarcadora. Junto con identificar los obstáculos que enfrenta la empresa disciplinar, los precursores y los temas que han concitado su estudio desde fines de la década de los sesenta, llama la atención acerca de “lo mucho que los trabajos fueron marcados por las corrientes dominantes de la época”, desembocando en el reconocimiento de la ausencia de paradigmas explicativos a partir de la década de los ochenta.

Un análisis más reciente es el que realiza Nohlen (2006), quien a partir de una revisión del número monográfico de aniversario de la revista ya señalada, constata dos fenómenos: el primero, la disparidad del desarrollo disciplinar por países en la región, el que asocia a su propio desarrollo político y, el segundo, la escasa autorreflexión de la disciplina y su desarrollo.

Una cosa es evidente: el actual estado de la ciencia política en la región, a pesar de su disparidad, entrega más elementos que en el pasado para desarrollar análisis acerca de su situación a distintos niveles, así como sus posibles proyecciones. Un facilitador vendría dado por los factores contextuales, ya que la instalación de la democracia en la región parece haber ahuyentado el fantasma de la provisionalidad y la incertidumbre que, durante bastante tiempo, acompañaron el ejercicio del análisis político en la región en el pasado. Sin embargo, son los dilemas que encierran el ejercicio de la democracia y ciertas variantes que desafían el pensamiento convencional acerca de este tipo de régimen los que provocan la capacidad de reflexión y de propuesta de la propia disciplina.

DE LA ANSIEDAD COGNITIVA A LA “MUERTE DE LA CIENCIA POLÍTICA”

La ciencia política proyecta la imagen de una ciencia problemática, en permanente inquietud, con dificultades para ser definida. Así lo han planteado autores como Pasquino (1998:12, 15-16), Pineda (1999:7-8), Lynn (1983:96-98), Crick (1982:220-225), Johnson (1989:52-53, 96) y Ricci (1984:7, 213-214). Ha sido Almond (1999a:39-62) quien ha logrado, en tiempos recientes, sintetizar de manera abarcadora la situación de desencuentro disciplinar a partir de la metáfora de las “mesas separadas”. Dicho autor ha sostenido que estaríamos asistiendo a una disciplina dividida en campos ideológicos y metodológicos confrontados, así como la inexistencia de un debate central en el que converjan las diferentes vertientes de la misma. Este planteamiento supuso una ruptura heurística con la tradición incrementalista de la ciencia política, basándose en el reconocimiento de dos vertientes irreconciliables: la primera, de carácter metodológico y, la segunda, de corte ideológico. No es éste el lugar para detallar sus planteamientos, pero sí es importante indicar los coletazos que éstos produjeron, caracterizados por una cierta consternación al interior de la disciplina y la reiteración de preguntas esenciales acerca de la existencia de un centro en la ciencia política contemporánea, si éste debiera existir, así como la importancia de la comunicación entre los diferentes ámbitos disciplinarios (Monroe, 1990:34-43; Wittrock, 1992:274-275). En épocas más recientes, Almond (1999b:44) señaló que lo que unifica a la ciencia política es la práctica académica rigurosa y objetiva en torno al concepto central de organización del poder, con referencia a las instituciones que tienen el monopolio sobre la violencia o la coerción.

Independientemente de la postura que se asuma, debiera reconocerse que la existencia de distintas perspectivas acerca de cómo definir el objeto de estudio es, por una parte, reveladora de los desacuerdos epistemológicos y metodológicos existentes al interior de la disciplina y no puede enmascarse tras la aparente uniformidad que entrega la metodología positivista, que ha sido la hegemónica desde los tiempos del impacto del movimiento behaviorista. En la misma línea, hace ya algunos años Bobbio et al. (1991:224) invitaba, a través de su *Diccionario de ciencia política*, a dar respuesta a lo que consideraba la tarea más urgente de la disciplina en su actual estado de desarrollo: “...someter a análisis y, eventualmente, a poner en cuestión la propia ideología de la política científica, examinando su significado histórico y actual, poniendo de relieve los límites y condiciones de su practicabilidad; en fin, indicando sus eventuales líneas de desarrollo”.

Esta invitación es, precisamente, con la que parece conectar Sartori cuando ya en 1991 publica “¿Hacia dónde va la ciencia política?”, donde recuerda las aprehensiones que le produce el behaviorismo con su ansia cuantitvificante, lo que lo lleva a formular predicciones nada promisorias acerca del futuro que tomará la disciplina. Posteriormente, estas preocupaciones han sido importadas a América Latina por medio de su publicación en español en revistas como *Política y Gobierno*, donde se establece un debate entre dicho autor con Joseph Colomer y David Laitin. Reproducciones del mismo fueron incorporadas en publicaciones como la *Revista Española de Ciencia Política*, en el año 2005. Posteriormente, la revista mexicana *Metapolítica* las rearticula bajo un número de inquietante título: *La muerte de la ciencia política*. Publicado en el año 2006, reúne a diversos autores que reflexionan acerca de los vaticinios del profesor Sartori de acuerdo con los cuales “la ciencia política norteamericana no va a ninguna parte”. Tomando las advertencias del politólogo italiano como base, Cansino (2006:36) afirma que “la ciencia política está herida de muerte. Sin darse cuenta fue víctima de sus propios excesos empiricistas y científicistas, que la alejaron de la macropolítica”. Posteriormente, Cansino reincide con un libro, del mismo título, que recibe además el Premio Ensayo 2008 “La Nación Sudamericana”. En él comparte y profundiza las críticas efectuadas por Sartori, advirtiendo el riesgo de superficialidad disciplinaria e indicando que si la disciplina decide incorporar la experiencia de la filosofía política y de otras disciplinas, podría superar la miopía de sus supuestos metodológicos.

Este debate, si bien repercutió en América Latina, no ha tomado suficiente vuelo. Así lo señala Ravecca (2008:17-18) para quien esta situación no sólo resulta llamativa, sino que considera que dicha crítica debe ser radicalizada. A su juicio, Sartori pudo haber ido más allá, reconociendo la compleja relación entre saber y poder y, en particular, la relación de la ciencia política con su objeto de estudio.

Aunque el debate parezca clausurado, las apariencias engañan. El número especial dedicado a la institucionalización de la ciencia política en América Latina editado por Altman, a primera vista compacto en su intento por mostrar la ciencia política norteamericana como ejemplo para la que se desarrolla en la región y bajo una tácita aceptación del científicismo positivista, evidencia fisuras que son advertidas (p. 22), cuando afirma que “la disidencia se cuele por las rendijas del pensamiento único”. Efectivamente, el volumen en cuestión incluye, aunque puntualmente, ciertas visiones críticas e, incluso, el análisis del caso cubano, donde se adscribe a una “ciencia política marxista”.

Son estas manifestaciones, todavía incipientes y que se logran manifestar por los resquicios de una hegemonía positivista incompleta, junto con un momento para la ciencia política del continente promisorio pero estructuralmente heterogéneo, las que permiten pensar en la existencia de una oportunidad para que la ciencia política que se desarrolla en América Latina problematice las formas de obtención del conocimiento y, en particular, la manera como conceptualiza y se relaciona con su objeto de estudio, más allá de los dilemas de la profesionalización. La conexión con la historia, además, sería natural a pesar de que los politólogos no logran verla todavía como algo evidente. Así lo advierte Gunnell (2002:356, 352) cuando señala que “estas crisis de identidad, que son frecuentemente producidas por controversias acerca de la futura dirección del campo, así como su pasadas deficiencias y condiciones, siempre han tenido una dimensión histórica a pesar de que, paradójicamente, la ciencia política posee aspectos estructurales que han contribuido a su ahistoricidad”, añadiendo que “se percibe un rechazo a comprometerse con los desafíos que plantea la historia disciplinar”. Por su parte, Lepawsky (1964:21) enfatiza lo anterior cuando afirma que “si bien el estudio de los métodos y la organización del conocimiento, la epistemología de los científicos políticos, es decisiva”, también es cierto que “la epistemología ha sido una reserva de los filósofos más que de los científicos políticos”. Esta condición la coloca a la zaga de otras disciplinas tales como la sociología o la antropología, las que a juicio de Ravecca (2008:1) han incorporado una mirada que incorpora la autoproblematización.

En síntesis, pareciera que una de las características de la ciencia política es la “amnesia disciplinaria”, condición que se ha visto reforzada por algunos recursos de los que sus cultores han hecho uso como, por ejemplo, la apelación a la historia de la teoría política como atajo. Así lo señala Gunnell (1991:13, 15), para el caso de la ciencia política norteamericana, cuando plantea que “debemos indagar la explicación principal en las características estructurales del campo y su historia, que descansa en la asunción general según la cual la historia de la ciencia política puede explicarse con referencia a la tradición de reflexión que surge en la Grecia clásica”. Un segundo recurso ha sido cobijarse en el “presentismo”, entendido como la selección de eventos del pasado que se hace, consciente o inconscientemente, en términos de objetivos presentes. Una de sus expresiones es la atribución de valor, muchas veces excesivo, a los análisis de los contemporáneos. Ejemplo de lo anterior puede encontrarse en parte de la respuesta de Colomer a Sartori, en el marco de la discusión mencionada. El renombrado politólogo afirma, como rasgo de debilidad teórica dentro de la disciplina, que “a diferencia de lo que ocurre en economía y

en otras ciencias sociales, en los estudios políticos todavía se siga colocando a los autores llamados ‘clásicos’ en el mismo nivel –o incluso más alto– que a los investigadores contemporáneos” (Colomer, 2004:358), haciendo directa alusión a las obras de Montesquieu y Maquiavelo. Incluso, llega a afirmar que dichas obras difícilmente serían aceptadas en revistas especializadas en politología, además de ser “ambiguas y confusas”. Colomer, declarado amante de la cuantificación (y del positivismo), intenta deslegitimar discursos políticos precientíficos –que responden, como Foucault nos advertirá, a distintas preocupaciones políticas– a través de criterios contemporáneos. Existe un ánimo de deslegitimación del discurso en torno a lo político, anterior a la etapa científica (que, a través de la ciencia política, se apropia discursivamente de la política) con el objetivo de resaltar los avances contemporáneos. Nietzsche (otro autor que podría bien caber en la denominación *colomeriana* de “esos clásicos”) captó bien este fenómeno al afirmar, a través de su *prejuicio de los doctos*: “Es un juicio acertado de los doctos el que los hombres de todos los tiempos han creído *saber* lo que es bueno y malo, lo que es digno de alabanza y lo que es censurable. Pero es un prejuicio creer que *ahora lo sabemos mejor* que en cualquier otra época” (Nietzsche, 2005:67). Entendido el afán por encontrar los orígenes de la disciplina como una estrategia de legitimación o autoafirmación disciplinar, no necesariamente debería incurrirse en la deslegitimación de los discursos anteriores a la fase actual de desarrollo epistemológico, o en falacias *ad hominem* como la mencionada.

Sin embargo, la resistencia a la autorreflexión disciplinar y al reencuentro con la propia historia disciplinar podría enfrentarse si los científicos políticos advirtieran sus beneficios y utilidad. ¿Cuáles podrían ser éstos? Para algunos científicos políticos, imbuidos de la influencia histórica que se experimenta al alero del estructuralismo, deconstructivismo y otras teorías y modalidades de análisis contemporáneos, la historia aparece como una fuente de autoidentificación importante, pudiendo servir al progreso de la disciplina tanto en sentido metodológico, mediante la habilidad de una metodología determinada que permita rescatar la esencia de sus afirmaciones formuladas históricamente y en contextos específicos, como a nivel teórico, identificando teorías a través de una acumulación de tradiciones de investigación, con carácter contexto-dependiente (Dryzek y Leonard 1995:27, 43, 44). Para otros, como Stein (2003:22), permitiría corregir la tendencia al “presentismo”, promover el pluralismo en enfoques y métodos y combinar los mejores aspectos de los enfoques tanto “acumulativo” popperiano como “discontinuo” kuhniiano, así como entre epistemologías “empírico-positivistas” y “hermenéutico-interpretativas”. En tercer lugar, la historia de la ciencia política, como se señala

que puede suceder en el caso de la historia de la ciencia, “puede contribuir a una concepción menos dogmática de la ciencia y de los métodos científicos, pudiendo actuar también como antídoto contra la ortodoxia y el entusiasmo acrítico por la ciencia” (Kragh 1989:55). Por último, se señala que sería conveniente reconocer que el sentido de “historia disciplinaria” es un aspecto importante de una disciplina académica. De acuerdo con Kenny (2004:565), este término “es usado por los historiadores intelectuales para denotar la significación de las narrativas sobre el pasado por medio de las cuales una disciplina académica da cuenta de sus orígenes, desarrollo y trayectoria actual; refuerza la legitimidad de sus postulados relativos de aquellos enfoques y sujetos considerados centrales y de aquellos supuestamente marginales dentro de la empresa disciplinaria y genera un sentido de propósito y pertenencia para sus practicantes contemporáneos”.

Existe, por tanto, un cúmulo de argumentos que recomiendan la necesidad de conocer no sólo los elementos del campo teórico y metodológico denominado “historia de la disciplina”, sino conocer también el proceso que llevó a ciertos sectores de la disciplina a descubrir, en el retorno a la historia, no sólo una fuente posible de explicación de sus actividades actuales, sino un sendero a través del cual interrogarse críticamente acerca de las formas de conocer.

LA CIENCIA POLÍTICA SE COMPROMETE CON LA HISTORIA

Uno de los aspectos más evidentes del actual momento intelectual a nivel internacional es lo que se ha denominado el “giro histórico”. Se expresa en la producción de áreas tales como las humanidades y las ciencias sociales. Es particularmente notorio en Estados Unidos, lugar donde el divorcio con la historia fue más profundo, representando un cambio sustantivo en la forma en que se venía comprendiendo lo social, especialmente en su forma y fondo desde la Segunda Guerra Mundial. Involucra una amplia variedad de campos, que produce una renovación en la indagación, la que se expresa tanto en la construcción de discursos como en las investigaciones en historia disciplinaria.

La ciencia política no ha podido quedar al margen de este impacto. Distintos autores han evidenciado la importancia de la historia para el desarrollo del corpus disciplinario (Jensen, 1981:33, 34; Ricci, 1984:311, 312; Kavanagh, 1991:480). Sin embargo, el fenómeno teórico y metodológico al que nos referimos es distinto: se piensa en una “epistemología histórica” que se centra

en la forma en que los temas formativos en la construcción teórica y en la práctica analítica han llegado a ser lo que hoy son. De acuerdo con McDonald (1996:3), ello se refleja en una interacción dinámica y dialéctica entre eventos históricos, práctica histórica y teoría social. Déloye (2004:26, 27) precisa que “esta reestructuración de las Ciencias Sociales viene a cuestionar las dos oposiciones que estuvieron en el origen de la clasificación de las ciencias sociales: la antinomia entre pasado y presente, y la antinomia entre disciplinas ideográficas y nomotéticas”, añadiendo que la proyección del giro histórico, para el caso de la ciencia política, busca “una contextualización sistemática de las categorías de análisis”.

Las condiciones parecieran hoy más favorables para acometer este desafío, ya que algunos sectores al interior de la disciplina han comenzado a impulsar un esfuerzo de introspección que ha incluido el pasado, mostrando más atención a su herencia en términos de filosofía política y de reflexiones históricas (Dierkes y Wagner, 1992:623; Jeréz Mir, 1999:40). Ha ido emergiendo lentamente en su interior un nuevo y todavía pequeño campo de estudio que aspira a especializarse en la “historia de la ciencia política”, en una perspectiva autorreflexiva. Si bien se encuentra todavía en estado de *take off* o embrionario, ya a fines de los años ochenta caminaba a convertirse en un campo distintivo de investigación (Berndtson 1991:38; Almond, 2001:126). El objetivo de dicho esfuerzo ha sido la construcción de un enfoque analítico y un proyecto de investigación que, a través de estudios comparados sobre la situación de la ciencia política en distintos países, ha buscado configurar un núcleo de reflexión impulsado desde el Comité de Investigación N° 33 (RC33) de la Asociación Internacional de ciencia política (IPSA).

No deja de resultar paradójico que el estímulo principal para la emergencia de la autorreflexión disciplinar provenga de Estados Unidos, cuna de las orientaciones positivistas que han devenido en hegemónicas en el seno de la disciplina, particularmente a través de la expresión del *rational choice* y que, además, algunos de sus impulsores hayan sido, justamente, actores fundamentales en el desarrollo del *mainstream* (como Almond o Easton, por ejemplo). Ello obedece tanto a consideraciones disciplinarias de carácter general como también a desarrollos más específicos al interior de dicha comunidad intelectual. No es posible obviar las reflexiones y desarrollos que, en el campo de la ciencia política, se despliegan en Estados Unidos por motivos variados que van desde su predominio numérico por su capacidad de influencia y expansión hasta por ser el primer país que institucionalizó profesionalmente la ciencia política (Mackenzie, 1973:57; Crick,

1982:xi; Rose, 1990:585). Además, para nuestro ámbito de interés más especializado, es en dicho país donde se ha producido una literatura con temas y debates metodológicos que, surgidos particularmente a partir del momento behaviorista, no pueden obviarse, ya que para algunos académicos norteamericanos “plantear la historia de la ciencia política ha sido siempre un elemento crucial, tanto de la retórica interna de indagación de la disciplina como en su búsqueda de identidad” (Gunnell, 2004:47). Es más, resulta inevitable la referencia sistemática a las obras de autores norteamericanos porque, incluso, han desarrollado un género en inglés de *handbooks* y estudios sobre el estado de la ciencia política. Más que verlo como una contradicción o una paradoja, se sugiere interpretarlo como una manifestación del carácter y evolución de este género historiográfico y como una guía conceptual para responder cuestiones que surgen cuando se ejercita la autorreflexión disciplinar (Sola, 1996:21 y 22; Gunnell, 2002:339; Stein, 2003:2).

APROXIMACIONES A UNA CARTOGRAFÍA TEMÁTICA DE LA HISTORIA DISCIPLINARIA

Hace algunos años, Mackenzie (1973:468) se lamentaba de que los intentos por reflexionar acerca de la ciencia política, y que él denomina “la ciencia política de la ciencia política”, enfrentaban dificultades, lo que hacía necesario recurrir a información algo vaga, fruto de conversaciones personales con colegas y estudiantes, así como de consultas a especialistas. El motivo de esta carencia, a su juicio, se debía a que la ciencia política “no había alcanzado todavía un grado de madurez y de homogeneidad lo suficientemente alto como para poder juzgarse a sí misma como fenómeno político y social mundial”.

Como ya se ha planteado, este vacío podría enfrentarse gracias a la existencia de una cartografía temática del subcampo de la historia disciplinaria, que ha avanzado en identificar los tópicos que se consideran relevantes para impulsar un análisis, tanto en contextos específicos como en perspectiva comparada.

Esta nueva área incluye un conjunto de temas que, aunque con carácter exploratorio, presentan utilidad heurística para comprender tanto la evolución de este nuevo campo de estudio como para su aplicación en la investigación empírica más específica. Pueden ser tomados como los elementos básicos de encuadre para el desarrollo posterior de la subdisciplina de la historia de la ciencia política, no sólo como marco analítico para los estudios de caso, sino también para el estímulo de

investigaciones en perspectiva comparada. Como afirman sus impulsores, no es ésta una empresa fácil. Easton y otros (1995:4) ya advierten que la ciencia política “consta de muchos elementos y dimensiones y debe intentarse la identificación de los que son considerados como más importantes. Debido a la ausencia de una integración teórica aceptable al interior de la disciplina, todo lo que es posible plantear a este nivel es un conjunto de lineamientos de indagación histórica al interior de una disciplina y de una subdisciplina –ambas en evolución–, sujetos a la permanente destrucción y crítica necesaria para cuestionar constantemente la problematización de estos lineamientos con fines investigativos”. A continuación se señalan algunos de ellos.

1. El inicio de la ciencia política como disciplina

¿Cuándo nace la ciencia política como disciplina? Identificar un momento preciso no es tarea fácil, sino más bien problemática porque involucra aspectos tales como los criterios de distinción entre las disciplinas, o lo que Berndtson (1991:49) denomina “las relaciones entre las disciplinas científicas como problema”, así como los parámetros de división entre la vieja y la nueva ciencia política (dado que, en todo contexto, es fácil identificar una existencia previa de estudios políticos que anteceden a una práctica académica institucionalizada). Resulta recomendable responder a esta pregunta mediante una visión dinámica de las disciplinas de las ciencias sociales, dado que éstas no son estáticas ni eternas, y visualizar qué modalidad de reordenamiento puede producirse entre ellas, bajo los efectos de la globalización.

Frente al establecimiento de criterios para la definición de un posible inicio de la disciplina, es posible distinguir varios tipos. Por ejemplo, Sartori (2000:201-260) utiliza dos criterios: la escisión entre filosofía moral y las ciencias sociales, durante el siglo XVIII. La utilización del método científico podría, en parte, señalar el comienzo de una ciencia. Así, Mosca no sería un científico de la política, ni tampoco Maquiavelo (p. 227). El segundo criterio –más laxo, si se quiere– dice relación con la emergencia del objeto de estudio de la politología: la política. Sartori advierte que la autonomización de la esfera política se deriva de la separación de la esfera económica de las demás esferas sociales. Polanyi (2007) agrega que dicha autonomización responde a la materialización de la idea del mercado autorregulado. Este criterio no deja de ser interesante por cuanto permitiría, en primer lugar, identificar el inicio del objeto de estudio de la politología, como también

los comienzos de la disciplina con la emergencia de una nueva matriz económica ligada a la explotación capitalista.

Otro criterio utilizado, aunque no desde la politología, es el establecimiento de la emergencia de la ciencia política a través del nacimiento del concepto de “población” y de la Economía Política, identificado por Foucault: “El paso de un arte de gobernar a una ciencia política, el paso de un régimen dominado por las estructuras de soberanía a un régimen dominado por las técnicas de gobierno, se da en el siglo XVIII en torno a la población y, por consiguiente, del nacimiento de la economía política” (2006:133). Aun cuando Foucault no esté haciendo alusión a la actual disciplina denominada “ciencia política”, sino al conjunto de saberes en torno a las técnicas de gobierno, muestra que la constitución de un cuerpo especializado en la concentración de discursos en torno a aquellas problemáticas responde a una racionalidad económica particular (desde el siglo XVI, respondiendo al mercantilismo y al cameralismo; desde el siglo XVIII, al liberalismo). Desde esta perspectiva, la ciencia política tendría una característica instrumental y de soporte para la racionalidad del Estado.

2. Las influencias en su desarrollo: autonomía y contexto

Ambos conceptos, autonomía y contexto, son controversiales. Para el primer caso pudiera referirse no sólo a la relación de la ciencia política con otros campos del saber (o ecología académica), sino su vinculación con la empresa científica como un todo y con las prácticas políticas en general, así como con cuestiones metodológicas relativas a la comprensión de la historia del campo, en donde emergen preguntas acerca de cuánto puede ser atribuido a los factores del medio y cuánto a las dinámicas intelectuales intrínsecas a la disciplina. Podríamos asumir que la ciencia política, en gran medida, toma forma y se autodefine en respuesta a la configuración de la actividad política en una sociedad dada, pero aquí también surgen preguntas acerca de si es posible concebir un cuerpo universal de conocimiento con posibilidad de trascender las tradiciones locales y la cultura que lo acoge. Otra línea de exploración es la posible existencia de diferencias entre diversas disciplinas de las ciencias sociales frente a distintos estímulos del sistema político: ¿Se ve afectada la sociología en la misma medida que la ciencia política en un régimen autoritario y en uno democrático? La detección de este tipo de diferencias puede mostrar características propias de la ciencia política que la delimiten –desde el exterior– frente a otras ciencias sociales. ¿Acaso la politología tiene características

especiales que la hacen adaptarse de una u otra forma a las configuraciones del sistema político, o es posible advertir que las ciencias sociales, en general, se ven afectadas de la misma forma cuando éste varía?

En el caso del contexto, resulta dificultoso encontrar una definición unívoca, ya que puede entenderse de múltiples maneras (causa, impacto, influencia, entre otras). Una visión restringida nos remitiría a la naturaleza de las instituciones académicas y a la universidad, o bien a un conjunto de eventos sociales y políticos particulares. Una visión más amplia debiera incluir a la sociedad completa, su estructura social y el modo de producción. Otros aportes de relevancia se refieren a si la ciencia política puede contribuir a modelar el contexto por el cual ella misma se ve influenciada, así como la transferencia de conocimiento de un país a otro, la vinculación centro-periferia y la preocupación por el posible imperialismo disciplinario norteamericano sobre las comunidades locales.

Gunnell (1991:24-27; 1993:9; 1995:59) llama la atención sobre la importancia de poner el acento en las reflexiones histórico-críticas de carácter interno, con el propósito de asignarle al contexto un papel más ponderado. Este autor evita asignarle al contexto una posición de “constructo sociológico reificado”, evitando la asimilación de contextualización con comprensión por la vía de la yuxtaposición. A su juicio, la historia de la ciencia política es la historia de la evolución interna de la disciplina. Es éste un tema controversial y de no fácil resolución, ya que la literatura del género disciplinario que emerge al interior de la ciencia política parece plantearlo en forma dicotómica: historias internas *versus* historias externas. Por ejemplo, Graham y otros (1983:xvii) afirman que las funciones de las segundas se acercan más bien al ámbito de los estudios sociales de la ciencia, enfatizando los análisis sistemáticos que focalizan en las condiciones de historicidad del desarrollo científico, con pretensiones de justificación de la función social de la ciencia, al mismo nivel que otras áreas de desarrollo social. Otros reconocen, sin embargo, que es en el ámbito de la sociología de la ciencia donde surge la perspectiva externalista, habiendo sido más desarrollada y ofreciendo más recursos analíticos (Torres, 2001:25-26). Sin embargo, es la dimensión interna a la que habría que colocar el acento, a juicio de los nuevos historiadores de la ciencia política, aunque los logros que ofrece son más escasos y pobres. ¿Qué debería contener el tratamiento de la dimensión interna? A juicio de Schmidt (2003:16), que realiza un ejercicio similar para el caso de la historiografía de las relaciones internacionales, estaría compuesta por el sistema universitario, las fuentes de financiamiento y las normas profesionales, debiendo ser contrastadas con el foco externo.

Por otra parte (y de acuerdo con Kuhn), podría ser ventajoso encontrar una grilla argumentativa entre el análisis interno y el análisis externo. En este sentido, el *método foucaultiano* parecería arrojar ciertas luces sobre el tratamiento del problema. Según Foucault (2008:14), “en toda sociedad, la producción de discursos está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad”. La empresa científica pertenecería a este tipo de discursos, que pretenden evidenciar la exclusión entre lo verdadero y lo falso. Por lo tanto, la realización de un historia disciplinar basada en un enfoque internalista permitiría mostrar cuáles son las tácticas y estrategias del mismo discurso. Una vez establecidas, inducir un *metadiscurso* –la *episteme*– permitiría visibilizar cuáles son los juegos discursivos que posibilitan el discurso politológico. Y allí se llega, inevitablemente, al enfoque externo o contextualista. Ambos no pueden ser pensados en términos excluyentes, aunque tampoco responderían, necesariamente, a una lógica causal.

En los debates desarrollados se ha dedicado especial energía al grado en que el crecimiento de la ciencia política y su sentido de identidad dependen de un contexto político (régimen político) en el que exista amplio acceso a la información e, inclusive, a los centros donde se produce el acceso a la toma de decisiones. Es éste el factor institucional externo al que se le ha prestado más atención, comparativamente. Dado que la disciplina también ha encontrado espacio en regímenes no democráticos, es importante atender a los efectos que tendría sobre la ciencia política. Si se asume que la democracia hace la diferencia, al menos en aquellos contextos en los que este tipo de régimen y la ciencia política han coexistido, surgen dos temas fundamentales: a) ¿cómo distinguir el efecto de los cambios sociales generales de los efectos específicos de los regímenes políticos? y b) ¿cómo descomponer la idea global de régimen democrático en sí misma, de manera de posibilitar la distinción de los tipos de efectos que los distintos elementos de estos regímenes tendrían sobre el desarrollo de la ciencia política? Surgen otras inquietudes adicionales como las relativas a los empíricos *versus* los aspectos ideológicos de la democracia. Una senda particularmente atractiva es la de explorar los efectos de las diferentes ideas sobre la democracia prevaletentes en un sistema sobre los distintos aspectos de la ciencia política. De hecho, muchas interpretaciones contemporáneas argumentan que la ciencia política toma su carácter, inclusive sus sesgos, desde un basamento ideológico de democracia. Es el caso de Estados Unidos y la influencia del sistema democrático liberal en la forma en que se ha desarrollado la indagación política americana. Éste ha sido un tema de reflexión recurrente entre

los científicos políticos americanos. Siendo la tradición liberal la ortodoxia política norteamericana, resulta posible identificar una serie de postulados que han constituido un conjunto de preceptos dentro de los cuales la disciplina tendría que operar (Seidelman y Harpham, 1985:ix-x; Ricci, 1984:24, 70-74; Berndtson, 1991:48; Wittrock, 1992:293; Lowi, 1992:1; Katznelson y Milner, 2002:2-3, 9-10, 26). Para Inoguchi (2003:15), la ciencia política americana ha llegado a ser instrumental en la promoción del estilo de democracia americana, fuera de sus fronteras. América Latina no escaparía a esta influencia, ya que, a juicio de Ravecca (2008:22), “son muchas las instituciones y los intelectuales que abrazan el neopositivismo norteamericano como ‘la manera’ de hacer progresar a la ciencia política regional y de profesional el campo. Sin embargo, la adopción de este canon no es el simple reflejo de un desarrollo académico, sino que constituye un subproducto de las nuevas coordenadas de la economía política mundial y del pasaje de la Guerra Fría al mundo bipolar” y añade que “existe una relación directa entre la ausencia de debate epistemológico y la hegemonía en cuestión”. Reconocer este vínculo, desde una América Latina marcada por las experiencias autoritarias y que redescubrió las bondades de la democracia liberal, a veces de manera acrítica, aparece como una tarea necesaria para iniciar el camino de la autorreflexión.

3. Desarrollo y especialización

Hablar de “desarrollo” en ciencia política no es un asunto fácil. Si por tal entendemos alguna idea relacionada con “progreso”, sería necesario cuestionar cuáles son los criterios de evolución de la disciplina. En algunos contextos, habría que preguntarse si es más pertinente hablar de crecimiento más que de desarrollo, particularmente si se produce la emergencia de una ciencia política institucionalizada donde antes no la hubo. Se suele entender que la institucionalización supondría un punto de inflexión, ya que, con anterioridad, es posible descubrir en todas las sociedades alguna tradición de reflexiones políticas motivadas por individuos más que por interés institucional. Es comprensible la ansiedad por la institucionalidad en una región donde las condiciones sociopolíticas derivaban en una reflexión provisional y asistemática. Sin embargo, parece ser necesario hoy día interrogar la pretensión de institucionalidad y su finalidad. Altman utiliza entre sus indicadores para medir la institucionalización de la disciplina el número de programas que imparten pre y posgrados en ciencia política, la cantidad de becas otorgadas a la investigación, publicaciones con referato doble ciego, cantidad de doctores

en ciencia política, existencia de una asociación de nivel nacional y el nivel de ingresos de un politólogo, entre otros. Es decir, mientras más doctores en ciencia política existan dentro de un país (asumiendo que el grado de doctor crea a un destacado politólogo, académicamente hablando), mientras aumenten el número de pre y posgrados en ciencia política (cuestión librada al mismo mercado en algunos contextos), el número de publicaciones (no importando tanto la procedencia de la publicación, quiénes publican o sus contenidos; el tema es el referato ciego), mientras exista una asociación profesional de ciencia política (que puede responder a intereses personales –como aumentar el nivel de ingresos o generar redes– más que académicos), y mientras existan salarios que permitan “vivir dignamente a los politólogos y politólogas de su trabajo” (Altman, 2005:14), se diría entonces que la disciplina estará altamente institucionalizada. No obstante, la institucionalización no refleja el grado de profundización y desarrollo de las problemáticas propias de la disciplina. Los mismos contrabandos que se cometen al evaluar institucionalmente un régimen democrático se transfieren al análisis disciplinar. Por lo tanto, las opciones podrían ser las siguientes: (re)definir la institucionalidad, incorporando criterios más comprehensivos y exhaustivos que identifiquen el nivel de desarrollo teórico y metodológico y la calidad de las discusiones politológicas, además de algunos indicadores cuantitativos como el número de politólogos afiliados a una asociación de ciencia política (ponderado por la cantidad real de politólogos), etcétera. O bien, dejar de lado el tema de la institucionalización de la disciplina y comenzar a concentrar nuestros esfuerzos en repensar las preocupaciones de la politología, así como en redefinir y problematizar nuestros objetos de estudio. Pareciera que en el actual momento que vive la ciencia política las preocupaciones por la forma podrían (peligrosamente) opacar las preocupaciones sustantivas. En general, en América Latina la tendencia de las instituciones académicas ha sido la de abrazar acríticamente los criterios de competitividad establecidos por las universidades norteamericanas, asumiendo corpus teóricos y metodológicos sin problematizarlos y enfocando, como fines en sí mismos, los dilemas de una forma de institucionalizar que, como lo señala Borón (2008:45), sirve para “establecer un control político en base a un rígido paradigma que determina cuál es la ciencia verdadera y cuál no, y cuáles son las teorías correctas y las que sólo son chapucerías irresponsables y, a veces, subversivas del orden social” y que dicho autor considera que constituyen amenazas a la libertad académica y de pensamiento.

La idea de desarrollo podría remitirnos a la calidad disciplinaria. Altman (2005:15) parece aspirar a zanjar este dilema por la vía de la apelación a la meritocracia. El traslado automático de esta aspiración a los claustros académicos

de nuestra región no deja de levantar interrogantes por cuanto la evidencia señala que puede tener efectos contraproducentes en aquellos contextos en los cuales no se ha garantizado la igualdad de oportunidades basada, principalmente, en la universalización y calidad de la educación (Muñoz Aravena, 2008:247).

El tema de la especialización no deja de ser crítico, puesto que remite a problemas vinculados a las dificultades de un conocimiento fragmentado a la hora de su aplicación a los problemas sociales concretos. Igualmente, emergen los problemas propios de la comunicación entre cultores, no ya de aquellos que investigan en una misma área, sino a través de los distintos subcampos.

MÁS TRIBULACIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS

La emergencia del nuevo campo de estudio que se denomina “historia de la ciencia política” no está exento de problemas a la hora de discernir sus ejes teóricos y metodológicos, así como de trampas, ya que pudiera ser que se termine por reforzar las mismas insuficiencias que se detectan hoy en la ciencia política como empresa disciplinaria.

Para el primer caso, resulta llamativo que los historiadores disciplinarios nada señalen sobre la relación problemática de la ciencia política con su objeto de estudio. Resulta útil recordar la puntualización aguda que Sartori (2000:201-224) hace acerca de la política como fenómeno, aclarando que la existencia de la ciencia política se explica por la autonomía que caracteriza a la esfera política. Afirma que, *strictu sensu*, no es posible hablar de politología en el período anterior al siglo xvii por cuanto todavía no era autónoma respecto de las esferas económica y social. Precisa que es el proceso de autonomización de la esfera económica el que produce el desligamiento (*desarraigo*) –siguiendo a Polanyi (2007)–, de la esfera económica. Desde nuestro punto de vista, parece interesante que una disciplina que reclama para sí el concepto/objeto “política” (que, como es conocido, remite necesariamente al concepto de poder), haya hecho suya la preocupación por el Estado y sus mecanismos e instituciones de apoyo, obviando (de manera deliberada o no) otras como pudiera ser la tradición foucaultina del estudio del poder. La disciplina ha optado por la tradición liberal del estudio de las formas de poder (tal como lo advierte Sartori), y ha hecho caso omiso a la concepción de poder que emerge de una relación social, más que de un “objeto” que se aprehende y se

utiliza (legítimamente o no). El poder, en su concepción liberal, ha sido adoptado por la ciencia política sin previa problematización y en ello la vertiente norteamericana de la misma tiene una responsabilidad importante. Suele distinguirse entre “poder” y “poder político”, pero dicha separación pareciera ser más un constructo *ad hoc* para definir el campo de la ciencia política que una real preocupación por la definición de la misma (Marsh y Stoker, 1995:16-17). Cualquier empresa que se proponga seriamente reflexionar sobre el devenir disciplinar en América Latina y más aún, se atreva a concebir a la ciencia política en sí misma como un fenómeno político, debiera darle prioridad a esta tarea.

Con relación a los problemas metodológicos, Berndtson (1991:39-53) se encarga de advertir que el desarrollo de la disciplina debe ser analizado, en cada país, de acuerdo con su propio contexto cultural que utiliza métodos de los estudios históricos y culturales, recomendando la adopción de una pluralidad de métodos. Se anima a sugerir el análisis de las prácticas discursivas, la semiótica y la historia intelectual. Además, avanza en identificar los problemas susceptibles a ser encontrados en esta empresa analítica: la norteamericanización de la disciplina, debido al efecto masivo de modelamiento de la ciencia política norteamericana en el resto de las comunidades a nivel mundial, producto, esencialmente, de su grado de institucionalización; las relaciones entre las disciplinas, lo que plantea la imposibilidad de estudiar el desarrollo de una disciplina en su propio mérito y aislada del resto de las disciplinas y al hecho de que la ciencia política debiera ser vista en sí misma como un problema, urgiendo a promover estudios acerca de los procesos de socialización de los científicos políticos, así como la personalidad de los que deciden estudiar la disciplina. Esta última recomendación no deja de ser atrayente. Dicho autor admite que pocos científicos políticos parecieran dispuestos a estudiar su propio comportamiento racional. En esta esquivada o nula incapacidad para autoanalizarse y la manera en que ello se perpetúa a través de la enseñanza, podría encontrarse la clave de las murallas que la mayoría de los cultores de la disciplina colocan para auscultar su propio quehacer. Aparentemente, las formas de configuración disciplinarias contemporáneas no facilitan el enfrentamiento de los futuros científicos políticos a la forma como se tiende a construir la imagen o imágenes intelectuales de la disciplina que deciden estudiar. Cabría preguntarse cuántos futuros científicos políticos estudian seriamente, durante sus años de formación, nociones sobre epistemología de las ciencias sociales, así como la forma en que la disciplina se vincula con sus pares de las ciencias sociales y la historia de la ciencia en general.

El corpus teórico y metodológico desarrollado hasta el momento por los nuevos historiadores disciplinarios pareciera favorecer la opción de estudio de la disciplina bajo un enfoque de tipo interno. Según plantean, ello implica un cambio de énfasis, ya que en la dinámica que se establece entre la autonomía disciplinaria y la influencia del contexto se parte del supuesto del predominio de las necesidades internas como prevaletentes. La indagación acerca de la lógica interna de la disciplina se propone como una fuente de desarrollo autónomo que requiere un análisis de los criterios usados para recolectar, analizar y evaluar la validez de los datos e interpretaciones, los criterios de aceptación del conocimiento y otras prácticas de indagación (Easton y otros, 1995:2). Los cultivadores del género de la historia disciplinar, luego de diagnosticar la esterilidad del empleo de enfoques contextualistas, postulan que su foco, tanto por razones prácticas como epistemológicas, está colocado en la estructura interna y en el contenido del discurso, incluyendo el contexto universitario. De acuerdo con sus planteamientos, es necesario prestar más atención a lo que denominan la dimensión longitudinal del análisis histórico, la arqueología y genealogía de las conversaciones y los principales conceptos y cambios conceptuales que han definido dichas conversaciones, en los discursos académicos y en las prácticas. Gunnell (2004:7-9), en particular, plantea la existencia y el carácter de ciertas configuraciones del discurso, partiendo del supuesto de que la explicación principal para las transformaciones en los conceptos que definen una conversación debe ser interna a ellas, con prescindencia del contexto más amplio en que ésta tiene lugar. Esta opción por el enfoque interno presenta problemas tanto epistemológicos como prácticos. En el primer caso, es posible conjeturar que la preferencia por uno de los enfoques posibles para estudiar las historias intelectuales esté refrendada por el interés de generar un subcampo de estudio independiente de la sociología de la ciencia, lugar donde el contexto juega un rol protagónico. Sin embargo, pareciera conveniente revisar esta preferencia por cuando el propio Kuhn (1982:143-144) precisa que, si bien ambos enfoques “tienen una especie de autonomía natural son, de hecho, intereses complementarios. Mientras no sean reconocidos como tales, apoyándose mutuamente, es poco probable que se entiendan aspectos importantes del desarrollo científico”, advirtiéndole que el enfoque internalista resultaría más funcional a los practicantes de una ciencia madura, “que están aislados en realidad del medio cultural en el cual viven sus vidas extraprofesionales”. La insistencia por el enfoque internalista, en el caso, abre el debate acerca de si los impulsores del género de la historia disciplinar estarían asumiendo que la ciencia política es una disciplina que se acerca a estas características.

Por otra parte, existe un problema práctico. La tradición disciplinaria norteamericana ofrece abundantes fuentes de análisis en materia de discursos internos, debates y conversaciones, impulsados desde su nacimiento y tanto por razones científicas como extracientíficas, en especial, acerca de las funciones de la disciplina en la democracia americana. Sin embargo, en otros contextos disciplinarios no sería posible disponer de algo similar, por razones que van desde la ausencia de tradiciones de debate por la predisposición a la recepción acrítica del paradigma dominante del momento hasta por el impacto del factor sociopolítico. Las sistemáticas interrupciones experimentadas por las prácticas de análisis político y los sobresaltos institucionales en América Latina no han hecho precisamente fácil el acceso a fuentes que contengan “artefactos discursivos” susceptibles de ser sometidos a un tipo de análisis como el que propone Gunnell. Si bien es cierto que los contextos democráticos generan condiciones de libertad para el debate y la expresión, ésta es sólo una condición necesaria –pero no suficiente– por cuanto, para que exista la polémica, debieran existir visiones en pugna. Sin embargo, como bien notan Ravecca y Casen (2008:9), la ciencia política que parece instalarse masiva y acríticamente en el continente es reflejo y deudora de la ciencia política norteamericana, centrada en los aspectos procedimentales, el funcionamiento de las instituciones y una estabilidad que coloca su mayor celo en el respeto a los derechos civiles y políticos, aunque no trepidan en señalar que hay resistencias y, por tanto, esperanza.

CONCLUSIONES

Aunque tanto fuerzas estructurales como fenómenos vinculados con la ideología del conocimiento parecen favorecer un rumbo casi inalterable para la ciencia política en América Latina (manifestado, por ejemplo, en la escasa literatura que reflexione en torno a la misma disciplina), se ha tratado de argumentar que el momento que atraviesa la ciencia política en esta región del continente pareciera presentar condiciones favorables, a pesar de su desarrollo dispar, para incorporar los elementos teóricos y metodológicos que vienen impulsando un grupo de científicos políticos sensibilizados al clima intelectual de apertura hacia la “epistemología histórica”, propiciado por un cúmulo de factores. Junto con esbozar críticamente los puntos nodales del nuevo subcampo de estudio que está emergiendo al interior de la disciplina, los que presentan todavía dilemas teóricos y metodológicos no

resueltos, se han señalado los beneficios y la utilidad que supondría, para el estado actual de la ciencia política en América Latina, asignarle un espacio a los planteamientos teóricos y metodológicos elaborados al alero de esta la nueva subdisciplina denominada “historia de la ciencia política”. Las preguntas acerca de los criterios acerca de la validez del conocimiento y de la relación de los científicos políticos con su objeto de estudio, no debieran resultar incompatibles con los desafíos que supone la profesionalización disciplinaria en la región que, en muchos contextos, implica todavía problemas preocupantes en torno a su institucionalización. Si la respuesta se acerca a la propuesta planteada por Altman, es altamente probable que la disciplina no lo mantenga, sino que refuerce su academicismo compulsivo mediante la hegemonía del *mainstream* positivista, implicando un mayor aislamiento del entorno. Por el contrario, si se aspira a tener potencialidad explicativa e interpretativa, así como impacto social, deberá hacerse cargo de las preocupaciones sartonianas, en clave latinoamericana, acerca de la necesidad de generar conocimiento aplicado, hacer frente a las quejas sobre su irrelevancia y reconciliar a la disciplina con el método del pensamiento, superando la noción estrecha de ciencia que le sirve como prisión, así como también (re)visar el conocimiento generado, problematizando los conceptos y objetos de estudio que, supuestamente, otorgan autonomía a la disciplina.

La autorreflexión disciplinar a la que invita la emergente subdisciplina de la historia de la ciencia política, combinada con un esfuerzo consistente de crítica y comprensión, posibilitaría que los cultores de la disciplina sean más sensibles al reconocimiento de la condición de pluralismo teórico-metodológico, expresando en una variedad de formas de comprensión de lo político y de discursos, contribuyendo a expandir los límites de la ciencia política más allá de los márgenes que postula el enfoque convencional.

BIBLIOGRAFÍA

ALMOND, G. (1999a). *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*. México: Fondo de Cultura Económica.

ALMOND, G. (1999b). “Ciencia política: ¿una disciplina dividida?”, en C. Cansino, ed. *La ciencia política de fin de siglo*. Madrid: Huerga y Fierro editores, pp. 37-50.

ALMOND, G. (2001). “Ciencia política: la historia de la disciplina”, en R. Goodin y H.D. Klingemann, eds. *Nuevo manual de ciencia política*. Madrid: Ediciones Itsmo, pp. 83-149.

ALTMAN, D. (2005). “La institucionalización de la ciencia política en Chile y en América Latina: una mirada desde el Sur”. *Revista de Ciencia Política*, 1:3-15.

BERNDTSON, E. (1991). “Methodological problems of comparative research”, en D. Easton et al., eds. *The development of political science. A comparative survey*. London: Routledge, pp. 34-58.

BOBBIO, N. et al. (1991). *Diccionario de política*. México: Siglo XXI Editores.

BORÓN, A. (2008). *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico*. Córdoba: Editorial Espartaco.

CANSINO, C. (1999). *La ciencia política de fin de siglo*. Madrid: Huerga y Fierro editores.

CANSINO, C. (2006). “Adiós a la ciencia política. Crónica de una muerte anunciada”. *Metapolítica*, 49:27-37.

CANSINO, C. (2008). *La muerte de la ciencia política*. Buenos Aires: Sudamericana.

COLOMER, J. (2004). “La ciencia política va hacia delante (por meandros tortuosos). Un comentario a Giovanni Sartori”. *Política y Gobierno*, 2:355-359.

CRICK, B. (1982). *The American science of politics. Its origins and conditions*. Connecticut: Greenwood Press Publishers.

DÉLOYE, Y. (2004). *Sociología histórica de lo político*. Santiago, Chile: Lom Ediciones.

DIERKES, M. y P. WAGNER (1992). “European social science in transition: Conclusions and recommendations”, en M. Dierkes y B. Bievert, eds. *European social science in transition. Assesment and outlook*. Campus Verlag: Westview Press, pp. 611-637.

DRYZEK, J.S y S.T. LEONARD (1995). "History and discipline in political science", en D. Easton, J. Gunnell y M. Stein, eds. *Regime and discipline. Democracy and the development of political science*. Ann Harbor: The University of Michigan Press, pp. 27-48.

EASTON, D. y OTROS (1995). "Introduction: Democracy as a regime type and de development of political science", en D. Easton, J. Gunnell y M. Stein. *Regime and discipline. Democracy and the development of political science*. Ann Harbor: The University of Michigan Press, pp. 1-26.

FOUCAULT, M. (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, M. (2008). *El orden del discurso*. Barcelona: Fábula Tusquets.

GRAHAM, L. y OTROS (1983). *Functions and uses of disciplinary histories*. Holland: Kluwer Academic Publishers.

GUNNELL, J.G. (1991). "The historiography of American political science", en D. Easton et al., eds. *The development of political science. A comparative survey*. London: Routledge, pp. 13-33.

GUNNELL, J.G. (2002). "Handbooks and history: Is it still the American science of politics?". *International Political Science Review*, 4:339-354.

GUNNELL, J.G. (2004). *Imagining the American polity. Political Science and the discourse of democracy*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.

GUNNELL, J.G. y D. EASTON (1991). "Introduction", en D. Easton, et al. eds. *The development of political science. A comparative survey*. London, Routledge, 1-12.

GUNNELL, J.G. et al. (1995). "Can political science be neutral?", en D. Easton et al., eds. *Regime and discipline: Democracy and the development of political science*. Ann Harbor: The University of Michigan Press, pp. 49-77.

HAWKESWORTH, M. (1992). "The science of politics and the politics of science", en M. Hawkesworth y M. Kogan. *Encyclopedia of government and politics*, vol. I. London: Routledge, pp. 5-39.

HUNEEUS, C. (1983). "¿Se establecerá definitivamente la ciencia política en América Latina?". *Alternativas*, 1:15-37.

HUNEEUS, C. (2006). "El lento y tardío desarrollo de la ciencia política en América Latina, 1966-2006. En memoria de Gustavo Lagos". *Revista de Estudios Internacionales*, 155:137-158.

INOBUCHI, T. (2003). "Political science in three democracies, disaffected (Japan), Third-Wave (Korea) and Fledgling (China)" prepared for presentation at RC33 panel sesión of World Congress of the International Political Science Association, Durban, South-Africa, June 28 July 4, 2003, preliminary.

JENSEN, R. (1981). "La historia y el politólogo", en S.M. Lipset, ed. *Política y ciencias sociales*. Madrid: Guadarrama, pp. 31-78.

JERÉZ MIR, M. (1999). *Ciencia política, un balance de fin de siglo*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

JOHNSON, N. (1989). *Los límites de la ciencia política*. Madrid: Editorial Tecnos.

KAPLAN, M. (1970). *La ciencia política latinoamericana en la encrucijada*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

KAPLAN, M. (1999). "El politólogo y la ciencia política: retos y dilemas". *Revista de Estudios Políticos*, 106:29-44.

KATZNELSON, I. y H. MILNER (2002). "American Political Science: The discipline's state and the state of the discipline". Katznelson, I. y H. Milner. NY: W.W. Norton & Morgan and American Political Science Association, pp. 1-32.

KAVANAGH, D. (1991). "Why political science needs History?". *Political Studies*, 39:479-495.

KENNY, M. (2004). "The case for disciplinary history: Political studies in the 1950s and 1960s". *BJPIR*, 6:565-583.

KRAGH, H. (1989). *Introducción a la historia de la ciencia*. Madrid: Crítica.

KUHN, T.S. (1982). *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica.

LECHNER, N. (1988). Los desafíos de las ciencias sociales en América Latina, Documento de Trabajo N° 372. Santiago: Flacso.

LEPAWSKY, A. (1964). "The politics of epistemology". *The Western Political Quarterly*, 3:21-52.

LOWI, T. (1992). "The state of political science: How we became what we study". *American Political Science Review*, 1:1-7.

LYNN, N.B. (1983). "Self-portrait of political scientist", en A. Finifter, ed. *Political science: The state of the discipline*. Washington: American Political Science Association, pp. 95-119.

MCDONALD, T. (1996). *The historic turn in the human sciences*. Michigan: University of Michigan.

MACKENZIE, W.J.M (1973). "La ciencia política", en P. Lazarsfeld et al. *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Universidad-Unesco, pp. 439-528.

MARSH, D. y G. STOKER (1995). *Teoría y métodos de la ciencia política*. Madrid: Alianza Editorial-

MONROE, K. (1990). "The nature of contemporary political science: A roundtable discussion". *PS: Political Science & Politics*, 23,1:34-43.

MUÑOZ ARAVENA, W. (2008) "Cuando el mérito acentúa la desigualdad". *Enfoques*, 9:247-261.

NEGRETTO, G.L. (2004). “Notas del editor. El rumbo de la ciencia política”. *Política y Gobierno*, 2:347-348.

NIETZSCHE, F. (2005). *Aurora*. Madrid: Edaf.

NOHLEN, D. (2006). *Diccionario de ciencia política*. México: Porrúa.

PASQUINO, G. (1998). “Naturaleza y evolución de la disciplina”, en G. Pasquino, ed. *Manual de ciencia política*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 15-35.

PINEDA, J. DE D. (1999). “Estudio introductorio”, en G. Almond, *Una disciplina segmentada: escuelas y corrientes en las ciencias políticas*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 7-29.

POLANYI, K. (2007). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

RAVECCA, P. (2008). La ciencia política y la política de la ciencia: un ejercicio de la introspección disciplinar desde América Latina hoy. Consultado en línea: [<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2007/pensa/ravecca.pdf>]

RAVECCA, P. y C. CASEN (2008). “L’etat conceptuel de la science politique pour aborder les conflits sociopolitiques égalitaires: Intervencions sur l’Amerique Latine”. *4ème Congrès de l’Association Belge de Science Politique-Communauté Française (ASBP-CF)* Louvain-la-Neuve (UCL).

RICCI, D.M. (1984). *The tragedy of political science. Politics, scholarship and democracy*. USA: Yale University Press.

ROSE, R. (1990) “Institutionalizing professional Political Science in Europe: A dynamic model”. *European Journal of Political Research*, 18:581-603.

SARTORI, G. (1991). “Hacia dónde va la ciencia política”. *Revista de Ciencia Política*, 13,1-2:7-22.

SARTORI, G. (2000). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. México. D.F.: Fondo de Cultura Económica.

SARTORI, G. (2004) “¿Hacia dónde va la ciencia política?”. *Política y Gobierno*, 2:349-354.

SARTORI, G. (2005). “Hacia donde va la ciencia política”. *Revista Española de ciencia política*, 12:9-13.

SCHMIDT, B. (2003). “On the history and historiography on international relations”, en W. Carlsnaes, ed. *Handbook of International Relations*. London: Sage Publications, pp. 3-22.

SEIDELMAN, R. y E. HARPHAM (1985). *Disenchanted realist. Political science and the American crisis 1884-1984*. Albany: State University of New York.

SOLA, G. (1996) *Storia della scienza politica. Teorie, ricerche e paradigma contemporanei*. Roma: La Nuova Italia Scientifica.

SOMIT, A. y J. TANENHAUS (1988). *El desarrollo de la ciencia política estadounidense*. México: Ediciones Gernika.

STEIN, M. (2003). “Is political science still considered to be the american science of politics by practitioners and historians of the discipline? A dissenting view”, en *XIX Congreso Mundial de la Asociación Internacional de ciencia política (IPSA)*, 30 de junio al 4 de julio, Durban, Sudáfrica, pp. 1-29.

TORRES, C. (2001). *Sociología política de la ciencia*. Madrid: CIS/Siglo Veintiuno Editores.

WAGNER, P. (2001). *A history and theory of the social sciences*. Londres: Sage Publications.

WERZ, N. (1995). *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

WITTROCK, B. (1992). “Discourse and discipline: Political science as project and profession”, en M. Dierkes y B. Bievert, eds. *European social science in transition: Assessment and outlook*. Campus Verlag: Westview Press, pp. 268-610.